

# Una aparición

IV.

Precisamente uno de esos días de fines de Noviembre me encontraba yo documentando algunos papeles encerrado en mi habitación, cuando un mozo del Hotel, un negrito uniformado, vino a interrumpirme diciendome que un turco deseaba hablarme....

— ¿Un turco? Vaya una ocurrencia: algún vendedor de rosarios y reliquias de la tierra santa. Buena está la Magdalena para tafetales! Mira boy (muchacho) dile que no estoy visible.

— Se lo dije, Sir, pero se puso angry (furibundo) y quiso apalearme. Pero ahí viene, ahí viene, mirelo Ud. y el negrito echó a correr revolviendo de espanto lo blanco de los ojos.

Asomé la cabeza: un turco

115

venia subiendo a trancos la gran escalinata de mármol, con su feroz rofa de mota de seda y con levita azul abotonada militarmente. En dos saltos se puso en el segundo piso, adelantándose hacia mí con los brazos abiertos.

— ¡Don Sebastián!

— Sin poderlo evitar, el turco me estrechó en sus hercúleos brazos: sentía yo su áspera y negra barba picotear mis afeitadas mejillas, y dos ojos que relampagueaban arriba de mi frente.....

— ¡Oh! es Ud, Señor Romero Vargas?

En el abrazo está simbolizado el carácter mexicano: es la más bella forma de lo expansivo, de lo leal y sincero, en el temperamento nacional. Los extranjeros se burlan de esa costumbre y dicen que tiene algo de la barbarie primitiva.



Podrá ser como lo dicen; pero yo prefiero la efusión de un bárbaro, a la ceremoniosa caravana de un francés.

Don Ignacio Romero Vargas es uno de los hombres más notables que ha tenido el México revolucionario. Morat, y físicamente, es un hombre hermoso. Su vida pública es una serie de heroísmos; su vida privada es una constante abnegación. Se formó por sí mismo, creciendo entre aspereras como el roble en la montaña. Sus músculos son de hierro y su inteligencia es de oro. Si todos los lerdistas hubieran sido como el Sr. Romero Vargas, el fracaso de la revolución habría sido inevitable. A una viveza extraordinaria reúne una energía indomable. De seguir el Gobierno General la política que él observó en Puebla, no tendríamos al presente que lamentar el

aniquilamiento de los Poderes Constitucionales. ; Cuau cierta es aquella trillada sentencia, de que la talla del hombre se mide por el número de sus Enemigos! Y el Sr. Romero Vargas los tenía en abundancia no ciertamente concitados por el despotismo, sino por su entereza y virilidad. Su política no era de castigo, sino de prevención de la culpa. "Es preciso, me decía en una carta en 1875 - que Ud. no se haga miel, porque se lo comen las moscas." Más tarde me escribía: "Primero se educa a un pueblo y después se le da una Constitución; en México ha sido lo contrario: se ha impuesto una Constitución avanzada a un pueblo bárbaro"

Otra vez, ya en plena revolución, me escribía: - "El Sr. Romero Rubio es buen amigo



mío, pero es un hombre afeminado: es ministro de opereta, no de zarzuela. Por conservar honores y riquezas, sería capaz, como Medea, de estrangular a sus propias hijas."

El Sr. Romero Vargas se sentó y sin quitarse el feo color de fuego, principió a analizar la situación de México. El Sr. D. Ignacio esmalta su conversación con parábolas, chascarrillos y evoluciones históricas. El estilo es el hombre: quien conoce uno de los tipos meridionales de Alfonso Daudet, no tiene necesidad de conocer al ex-gobernador de Puebla, es idéntico a ellos.

¿Y como está México? fueron mis primeras palabras.

México! México ya no existe... ¿Se acuerda Vd. lo que decía Metternich

Hablando de Italia? "Italia es sólo una expresión geográfica" Tal es hoy nuestro país.

Y continuó:

Partem fortuna pibi vindicat! Si el éxito todo lo ha justificado, los perdistas se han acabado, amigo D. Sebastián. De lo que ahora se trata es de volver a los puestos públicos. Puede Vd. creerme: los que hasta ahora no son porfiristas, es porque no han podido serlo. En un año el país se ha transfigurado, y sabe V. porqué? Porque se ha hecho ya un lado la Constitución, ese cadáver que contamina nuestra atmósfera. Hegel opinaba que el pesimismo es una inevitable fase de la evolución universal: en México ese pesimismo se ha desarrollado en la conciencia pública. Ese pesimismo es el resultado de veinte



años de lirismo.

A no cortar políticamente los vuelos oratorios del Sr. Romero Vargas, hubiera seguido disertando sobre un tema que no me era muy agradable. Ese día comió conmigo los Sres. Barz y Romero Rubio, que hacían sus preparativos de regreso á México, se despedían de Nueva York alegremente y por ese motivo no estuvieron presentes á la mesa, ni sabían la llegada del Sr. Romero Vargas.

Don Ignacio es un privilegiado bon-vivant. Es uno de esos hombres que, como decía Champfort "convierten un sudario en un telón de teatro". Todo lo mira bajo el aspecto cómico. Respecto á los individuos emite opiniones bien originales. Hablando del Sr. Díaz, me decía: "No comarca un soldado más favorecido por la traición. En 1867 marcha de triunfo en triunfo sin

combatir, en tanto que Corona, Riquelme y Escobedo encuentran á cada paso un baluarte que atacar". Y concluía: "la traición es como la fortuna: á unos baja y á otros sube. Barzaine ha bajado los escalones que ha subido Díaz." Del Sr. Romero Rubio se expresaba así: "Es un Arbués Constitucional."

Inicié en los proyectos del movimiento de restauración en la frontera, no para que él coadyuvara en ellos, pues ya me había manifestado su inquebrantable resolución de retirarse á la vida privada, sino más bien para que emitiera su juicio sobre algunos de los letrados comprometidos con él.

— El Sr. D. Enrique A. Mejía — me respondió — es un texano, más enemigo de los mexicanos que el célebre filibustero Austin. Es media sangre: la madre es de origen americano



y el padre de precedencia es-  
 pañola. Lo conozco desde hace  
 muchos años. Le referiré á Ud. una  
 anécdota respecto á él. Después de la  
 caída de Comonfort, tuvo yo que  
 huir á los Estados Unidos, refu-  
 giándome en San Antonio, Texas. Era  
 yo muy joven y ardía en pa-  
 triotismo. En esta ciudad yankee  
 abundan los mexicanos, y más aun  
 en aquella época. Yo no sabía una  
 palabra en inglés, y tenía que  
 tomar uno de los trenes que  
 salían para Nueva Orleans. Había  
 en la estación tres locomotoras dis-  
 puestas á salir dentro de algunos  
 minutos. En vano preguntaba yo  
 á diestra y siniestra: nadie me  
 entendía y todos me volvían la  
 espalda. Desalentado, me senté en  
 un banco de la estación. Medita-  
 ba yo en la utilidad de los

idiomas é inutilidad de mi persona,  
 cuando oí un diálogo en español, en  
 el más puro español, lo Lerdo,  
 sostenido por dos caballeros de la  
 más intachable apariencia cas-  
 tellana. En el acto me levanté para  
 interrogarles, dirigiéndome al más  
 joven de los dos:

¿Habla Ud. español? le dije  
 con el desparpajo propio del me-  
 xicano.

El personaje me miró de  
 pies á cabeza, y levantando  
 los hombros, respondióme con  
 insolente desdén:

- I do not speak Spanish!  
 No hablaba español y le había  
 escuchado expresarse, si no en el  
 más pulcro, sí en el más claro  
 español!

Después lo supe: ese señor se lla-  
 maba Enrique A. Mejía!.....



Al pronunciar estas palabras, el Sr. Romero Vargas se cubrió el fez oriental visiblemente indignado. Antes de levantarnos de la mesa, concluyó con esta anécdota:

Federico II, el gran Rey de Prusia del siglo pasado, tenía una guardia de honor compuesta de los hombres más corpulentos que se encontraban en el reino. Eran verdaderos gigantes de siete pies de estatura. Reclutaba esos hombres á peso de oro, y los reclutadores recorrían todas las provincias en busca de ellos, y los que le conseguían uno, eran premiados. Cierta vez, uno de esos reclutadores, al transitar por una calle, distinguió un gigantesco carpintero trabajando en su taller. Ocurriósele la diabólica idea de reclutarlo por medio de una celada.

Así, acercándose al artesano, le dijo:

Hola, amigo: necesito que Ud.

me fabrique una cómoda.

- Mucho me honra su Excelencia.....

- Una cómoda precisamente de las dimensiones de Ud. ¿Cuántos pies de estatura mide Ud, con padre?

- Siete, Excelencia.

- Para qué día estará lista y cuánto me cuesta?

- Está bien: volveré por ella el día fijado.

Y volvió en efecto: el carpintero había acabado la obra.

- Muy bonita; pero sospecho que ha equivocado Ud. la medida, maestro.

- Imposible! he tomado bien mis medidas.

Sin embargo..... no podría meterse en ella para cerciorarnos mejor?

- Oh! Con mucho gusto.

Y el artesano se metió en ella.

Apenas lo había hecho, cuando



el reclutador lanzó un silbido: cuatro sayones se presentaron, llevándose encerrado al pobre carpintero ..... Cuando le abrieron la trampa, estaba asfixiado.

— Conque, amigo y Señor D. Sebastián, no le vaya rd. Si hacer lo del carpintero .....

## El Gran Pontifex del Herdismo.

—  
V

El compadre Juan N. Navarro y yo, fuimos a despedir hasta los muelles a los Sres. Romero Rubio y Juan José Baz: el vapor americano de la línea de Cuba y Veracruz, levantaba anclas a las tres de la tarde. El día era lluvioso y frío. El Sr. Navarro, que habla inglés como un marinero inglés, instaló en un confortable gabinete del steamer a los queridos viajeros. Disponíamos de dos horas para darnos los mutuos adioses. En el buque todo era animación, movimiento, ida. La tripulación se había distribuido en múltiples faenas: unos pavoneaban el bronco y el perro hasta